



www.loqueleo.santillana.com

Título original: HOMBRECITO

© 2015, Jeannette Miller

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-372-5

Registro industrial: 58-347

Impreso por:

Impreso en República Dominicana

Primera edición: Marzo de 2016

Director de Arte y Producción:

Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte:

Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición:

Ruth Herrera

Ilustración de cubierta:

Peña Defilló

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Hombrecito

Cuentos

Jeannette Miller

loquele_o

“Habla, Señor, que tu siervo escucha”.

Primer libro de Samuel 3,10

Hombrecito

El primer día que me dijeron que Trujillo era un asesino ya mi padre había muerto. Me lo dijo Hombrecito, un genio que se había hecho mi amigo y que mientras destripaba a Trujillo y a sus adláteres con una lengua bífida y sabia llena de alusiones filosóficas, literarias y políticas, dejaba caer su manita sobre mi rodilla, cuando encaramados en el murito que quedaba frente al palo de luz nos sentábamos todos, hembras y varones, más varones que hembras, a recitar poemas, cantar canciones, mirarnos de soslayo... hasta que yo le quitaba la mano con un empujón y él se reía como a quien no le importa, pero yo sabía que en el fondo de su alma le había partido el corazón.

En menos de veinticuatro horas ya sabía que a mi padre lo habían matado, cómo y porqué había sido; y desde entonces una inconformidad amarga me ha ocupado la existencia trayéndome por una calle empinada y angosta que todavía no vislumbra su fin.

Hombrecito era casi un enano, pero tan inteligente y culto que no había quien lo conociera y no cayera en la trampa de su permanente capa negra forrada de rojo que lo convertía en un Drácula de Liliput –con todas las implicaciones de banquetes y libaciones extremas del vampiro– sin nunca olvidar sus atribuciones de un sadismo vocacional, que oído de sus labios, daba ganas de reír.

10 Guapo como abeja de piedra, su temperamento enérgico y decidido le ganó el apodo de Hombrecito, aunque de pequeño lo habían bautizado como Miguel.

Como equilibrio a su pequeña anatomía era pintor de murales, y más de una vez alcancé a verlo, montado en andamios enormes, trazar sobre paredes y techos monumentales líneas negras de un grosor insospechado para definir los gestos de sus soldados rasos que se conmovían ante la pobreza de los demás.

Nunca se quitaba la capa porque le servía para disimular el grajo de varios días sin bañar y también para arrojárselo cuando de madrugada, al salir de los tugurios más infames de la ciudad, se quedaba recostado en cualquier zaguán y después caía con la boca abierta para arrellanarse en el suelo, como si el piso duro y maloliente fuera un colchón de plumas, y sólo se movía para con un gesto rápido taparse de un jalón con la sábana-capa que lo

protegía de los mosquitos, la lluvia, las cucarachas y algún ratón curioso que merodeando a su alrededor decidía dejar quieto a ese marchante, que parecía ser su primo hermano, sólo que con una estatura mucho mayor.

Yo lo quise mucho y permanentemente le agradecí que me abriera los ojos de un tirón, esgrimiendo una valentía inusitada ante mí, que sí era hija de un enemigo del régimen, pero también sobrina de un adepto, y que como estaban las cosas en esa época, nadie le aseguraba que no resultara una soplona identificada con el poder del militar. Sin embargo, él me ayudó a darle forma a esa inconformidad que no me dejaba quieta y a partir de entonces fui una opositora como la que más.

Al cabo de muchos años, cuando ya habíamos conocido el Continente Viejo y regresábamos de la inocencia, Hombrecito sorprendentemente murió. Dijeron que fue un paro cardíaco producto del régimen de desintoxicación al que lo habían sometido y que, un atardecer, al entrar a la piscina donde hacía ejercicios relajantes, se quedó sentado en la orilla para después ladearse suavemente hasta que el agua primero le mojó la cabeza y luego se la tapó.

Muchos quedaron afligidos por el amigo sincero y por el hombre de inteligencia inmensurable. Entre sollozos tranquilos recordaron su afición

por Wagner, por Mao, por Alfaro Siqueiros, por Saint-John Perse... Otros lo denostaron como un inútil y borrachón, comunista amargado de lengua viperina, mientras la familia se llevaba el cadáver a un cementerio lejano donde nunca lo he podido visitar.

12 Ahora, que puedo mirar hacia atrás sin que una nebulosa me descomponga los recuerdos, al tratar de poner cada cosa en su lugar, confirmo ante mí misma que pocos amigos fueron como él. Todavía su voz resuena en mis oídos cuando la vida se me pone gris turquesa, en esas tardes de playas extendidas en que la tristeza me invade, tratando de socavar lo poco de presente que he podido construir.